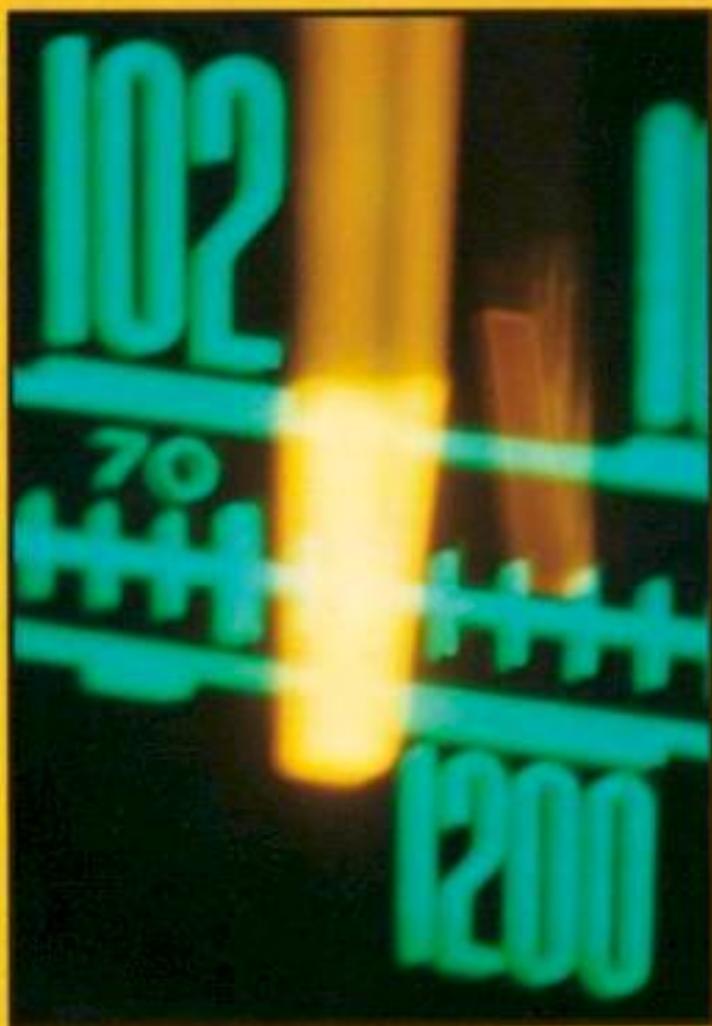


**IAIN BANKS**



**Aire muerto**

Ken Nott es un locutor de radio londinense que se gana enemistades por doquier debido a la sátira social y política que despliega, no sin elocuencia, a través de las ondas. Su postura, eminentemente subversiva, choca de frente con la hipocresía y la ofuscación mental que se prodigan en tiempos de incompreensión y violencia. En su privacidad, Ken es todo un hedonista que disfruta de los placeres de la vida, tratando de procurárselos con la suficiente frecuencia para hacerla llevadera. En una de las muchas fiestas de la alta sociedad a las que asiste, conoce a Celia, una mujer tan misteriosa como atractiva, que le relata, entre otras cosas, un accidente que la escindió para siempre en dos personas distintas. Ambos entablan una interesante conversación que deriva en promesa de encuentro íntimo. Poco después, Ken sabrá a través de su amigo Ed, familiarizado con el mundo del crimen organizado, que ella es una mujer casada con uno de los mafiosos más célebres de la ciudad. Iain Banks ha escrito una novela vibrante y lúcida que demuestra con creces el oficio del autor. En Aire muerto se lleva a cabo un recorrido por el Londres más *underground* y actual, en el que se mezclan las obsesiones políticas de un hombre, la manipulación mediática y la delincuencia.

*Para Roger*

*Gracias a Mic y Brad*

# **AIRE MUERTO**

Iain Banks

# 1

## MANZANAS Y BOMBAS

–Me estoy quedando sin cobertura...

–¿Perdón?

–Da igual.

–¿Qué?

–Hasta luego.

Cerré el móvil.

Esto fue tres semanas antes del asunto del club Clout y Raine (perdón; el asunto del club Clout y «Raine») y el taxi y la carretera por debajo del puente ferroviario y la ventana y el incidente del puñetazo en la nariz y básicamente de toda la experiencia de la noche truculenta del West End al East End cuando comprendí que no sé qué malnacido o malnacidos quería o querían hacerme daño de verdad o incluso –y de acuerdo con sus propias amenazas– matarme.

Todo lo cual ocurrió no muy lejos de aquí (donde estamos empezando, donde iniciamos nuestra historia precisamente porque fue como el principio y el final de algo, un momento en el que todo el mundo sabía exactamente dónde estaba), todo ello probablemente a la vista, si no a un tiro de piedra, de este presente que destacamos. Quizá; no hay posible marcha atrás para comprobarlo porque el lugar desde el que empezamos ya no existe.

En fin, asocio lo que ocurrió en un sitio con lo que ocurrió en el otro, con cosas que empiezan y cosas que aca-

ban y –como la primera pieza en una de esas impresionantes pero irremediabilmente enfermas composiciones de dominó que batien récords mundiales y que la gente monta en canchas deportivas en las que un minúsculo acontecimiento desencadena toda una cascada de ramificaciones en abanico de derribos de varios acontecimientos minúsculos que acontecen tan rápido y seguido que se convierten en un único gran acontecimiento–, sencillamente y en general, con cosas que se ponen en marcha, que son propulsadas de su estado de reposo a un movimiento inquieto, temerario y creciente.

–¿Quién era? –Jo vino a buscarme al parapeto.

–Ni idea –mentí–. No he reconocido el número.

Me puso un vaso bajo en la mano. El *whisky* tenía hielo y una manzana tapaba el vaso como un trasero gordo de color verde rojizo sobre un retrete de cristal. La miré por encima de las gafas de sol.

Sacó un palito de apio de su *bloody mary* y brindamos entrechocando los vasos.

–Deberías comer algo.

–No tengo hambre.

–Ya. Por eso.

Jo era menuda, con el pelo negro y espeso –corto– y la tez muy pálida agujereada por diversos *piercings*. Tenía una boca grande de estrella de *rock*, que resultaba bastante adecuada puesto que trabajaba de relaciones públicas para la discográfica Ice House. Ese día recordaba vagamente a una Madonna de la época oscura, con medias negras, una minifalda de cuadros escoceses y una chaqueta de cuero vieja sobre una camiseta artísticamente rota. La gente, no sólo los estadounidenses, solía llamarla mona y luchadora, aunque normalmente no más de una vez. Tenía genio, razón por la que mentí automáticamente sobre la llamada telefónica a pesar de que no había ningún motivo para hacerlo. Bueno, casi ninguno.

Levanté la manzana del vaso y le di un mordisco. Su aspecto era brillante y estupendo, pero no sabía a gran cosa. Jo probablemente tenía razón al decir que debía comer algo. Habíamos desayunado un zumo de naranja y un par de rayas de coca cada uno. Rara vez tomaba coca, pero tenía la teoría de que el peor momento para encocarte es a altas horas de la noche, cuando lo único que consigues es mantener el cuerpo en marcha más allá de la hora que quiere y por lo tanto tienes muchas posibilidades de desperdiciar el día siguiente; así que esnifaba de día e iba pasándome al alcohol a medida que anohecía y de este modo mantenía algo remotamente parecido al ritmo corporal normal.

Así que apenas habíamos probado el almuerzo de bodas y era probable que debiéramos forzarnos a comer un poco, simplemente para mantener el equilibrio. Por otra parte, la manzana no resultaba apetecible. La dejé en el parapeto de ladrillos, que me llegaba a la altura del pecho. La manzana se bamboleó y rodó hasta el borde. La cogí y la coloqué bien para que no cayera al asfalto del aparcamiento abandonado que había abajo, a una distancia de unos treinta metros. Un aparcamiento que, de hecho, no estaba abandonado del todo: mi amigo Ed había aparcado su reluciente Porsche nuevo de color amarillo en un extremo, cerca de la puerta. Casi todos los demás habían aparcado en la calle anormalmente tranquila y vacía del otro lado de la vieja fábrica.

Kulwinder y Faye vivían en esta parte todavía por descubrir del East End londinense, al norte de Canary Wharf, desde hacía un par de años, conscientes de que demolerían aquel lugar en cualquier momento. El edificio de ladrillo rojo tenía más de cien años. Originalmente allí se trabajaba el plomo; sobre todo se fabricaban soldaditos y perdigones (cosa que, por lo visto, requería una torre de gran altura desde la que se escupían gotas de plomo fundido a una gran piscina). De ahí la altura del lugar: ocho

plantas de techo alto, ocupadas en su mayoría por artistas desde hacía una docena de años.

Kulwinder y Faye habían alquilado la mitad de la última planta y la habían transformado en un inmenso *loft* al estilo neoyorquino: desnudo, amplio y lleno de ecos. Era blanco como una galería de arte y en realidad no contaba con habitaciones reconocibles de inmediato; en su lugar había lo que la gente del teatro habría llamado «espacios». Principalmente un gran espacio, minimalista, pero de un minimalismo carísimo y muy estudiado.

Sin embargo, al final algún proyectista había obtenido permiso para edificar, y en una o dos semanas tirarían abajo todo el lugar. Kul y Faye ya se habían comprado una casa en Shoreditch. La compra parecía haber intensificado la necesidad de reafirmar su compromiso y decidieron casarse esa mañana; Jo y yo éramos dos de la cincuentena de invitados a la ceremonia (no pude acudir, tenía trabajo) y al posterior banquete en el *loft*. Aunque, tal como decía, no comimos gran cosa.

Fruncí el ceño y hundí los dedos en el vaso para sacar el hielo. Dejé los relucientes cubitos en el muro de ladrillo.

Jo se encogió de hombros.

—Me lo han dado así, cari —dijo.

Bebí un sorbo de *whisky* helado y miré en dirección al río, inapreciable desde allí. La terraza estaba dispuesta de sur a éste, con vistas ensombrecidas por las nubes dispersas que se cernían sobre las torres de Canary Wharf y la interminable llanura de Essex. Un viento frío me entumeció los dedos mojados.

No me gustaba quejo me llamara «cari». Aunque sonara afectuoso. A veces también decía «boile» cuando quería decir baile. Se había criado en una zona pija de Manchester, pero hablaba como si procediera de algún lugar situado entre Manhattan y Mayfair.

Miré cómo los cubitos de hielo se deshacían formando charcos sobre los ladrillos y me pregunté si no habría tam-

bién pequeños detalles míos que empezaban a molestarla.

Lancé los rombos de hielo por la borda, hacia el asfalto resquebrajado del aparcamiento.

–Ken, Jo. ¿Qué tal? –Kulwinder se acercó a nosotros.

–Muy bien, Kul –le dije.

Kulwinder llevaba un elegante traje negro con una camisa blanca de cuello Nehru. Su piel lucía tan rica y lustrosa como la miel oscura; tenía los ojos grandes y húmedos, normalmente los protegía tras unas Oakley de montura plateada. Kulwinder era promotor de conciertos y una de esas personas que dan rabia porque tienen estilo sin proponérselo, en especial cuando retomaba alguna moda antigua que la gente tenía medio olvidada pero que, recuperada por alguien como Kulwinder, de pronto nos gustaba mucho a todos.

–¿Todavía soportas la vida de casado?

Sonrió.

–De momento va bien.

–Bonito traje –dijo Jo, palpándole la manga.

–Sí –convino Kul, estirando un brazo para inspeccionarlo—. Es el regalo de bodas de Faye.

Faye era periodista y locutora en la misma emisora de radio que yo; ella y Kul se conocieron en una de nuestras tardes de *pub* después del trabajo. Creo que estoy grabado describiendo a Faye por la radio como «linda».

–¿Cuándo salís para Nueva York? –pregunté.

Iban de luna de miel a Estados Unidos: a Nueva York y Yosemite. Sólo seis días debido al trabajo de Kul y a la mudanza a Shoreditch de la semana siguiente.

–Mañana.

–¿Dónde os hospedáis?

–En el Plaza –contestó Kul. Se encogió de hombros—. Faye siempre quiere quedarse en el Plaza. –Eché un trago a la botella de Hobec que tenía en la mano.

–¿Vais en Concorde? –preguntó Jo. A Kul le gustaba viajar a lo grande; conducía un Citroën DS restaurado.

Negó con la cabeza.

–No. Todavía no han reanudado los vuelos.

Jo me miró con aire acusador.

–Ken no me quiere llevar a Estados Unidos –le dijo a Kul.

Él me miró con las cejas arqueadas.

Me encogí de hombros.

–Estaba pensando que sería mejor esperarse a que restauren la democracia.

Kulwinder resopló.

–No te gusta nada Bush, ¿eh?

–No, no me gusta, pero ésa no es la cuestión. Tengo la anticuada creencia de que si pierdes la carrera no deberías llevarte el trofeo. Que te lo entreguen gracias a un pucherazo electoral, a que la policía del estado de tu hermano impida a los negros ir a votar, a que una panda de fachas asalte una oficina de escrutinio y a que el Tribunal Supremo esté plagado de republicanos se llama... Vaya, ¿cuál era el término exacto? Ah, sí: golpe de Estado.

Kul sacudió la cabeza y me miró con sus grandes ojos oscuros.

–Uf, Ken –dijo con tristeza–. ¿Nunca te bajas de ese caballo tan alto en el que te paseas?

–Tengo un establo lleno de caballos iguales, Kul.

–Mierda –dijo Jo, con la vista fija en la pantalla del móvil.

Yo no lo había oído sonar; Jo solía tenerlo en vibrador (detalle que unos seis meses antes me había proporcionado la idea para uno de los elementos de mayor éxito y persistencia del programa; bueno, persistente en el sentido de que seguía recuperándolo de vez en cuando y exitoso para los perversos niveles de mi productor y yo mismo, ya que recibimos muchas más quejas por nuestra ordinariéz y obscenidad de las habituales). Jo apretó un bo-

tón, adoptó una expresión heroica y dijo, con una alegría totalmente impostada.

–¡Todd! ¿Cómo estás? ¿En qué puedo ayudarte?

Jo sacudió la cabeza y miró el teléfono con desdén mientras Todd –uno de sus jefes en Ice House y, según decía, un incapaz en todos los sentidos– hablaba. Mantuvo el teléfono alejado y apretó la mandíbula un momento, luego se volvió y se llevó el teléfono a la oreja.

–Entiendo. ¿No puedes solucionarlo tú? –preguntó mientras paseaba despacio por la amplia terraza–. Bien. No. Comprendo. Sí. Sí. No, por supuesto...

–Bueno, y ¿qué me dices de ti, Ken? –preguntó Kul, apoyándose en el parapeto con la vista puesta en Jo, que ahora se encontraba a unos pasos de nosotros y mandaba el teléfono a tomar por culo mientras seguía hablando por él–. ¿Jo va a convertirte en un hombre honrado?

Le miré.

–¿Matrimonio? –pregunté en voz queda, mirando también a Jo–. ¿Me estás hablando de matrimonio? –Contestó con una mueca. También yo me apoyé en el parapeto, con la vista fija en la pulpa cada vez más marrón de la manzana–. No creo. Con una vez basta.

–¿Qué tal anda Jude?

–Muy bien, que yo sepa.

Mi ex actualmente follaba con un poli del soleado Luton.

–¿Seguís en contacto?

–Muy de vez en cuando.

Me encogí de hombros. Estábamos pisando terreno pantanoso, porque Jude y yo quedábamos de vez en cuando y en alguna de tales ocasiones (pese a toda la amargura y las recriminaciones y demás complementos habituales de un matrimonio fracasado) habíamos acabado juntos en la cama. No quería que Jo se enterara, ni tampoco el novio de azul de Judith. De hecho, no lo había hablado con ninguno de mis amigos. Tampoco era algo

que se hubiera repetido en el último medio año, de modo que tal vez se hubiese terminado por fin. Probablemente para bien.

–Tú y Jo debéis de salir desde que conocí a Faye –dijo Kul.

Jo estaba en el extremo opuesto de la terraza, apoyada en el parapeto que daba al sur, todavía al teléfono y sacudiendo la cabeza.

–¿Tanto tiempo?

–Sí; hará unos dieciocho meses. –Bebió de nuevo, mirando a Jo por encima de mí–. Supongo que estáis a punto de romper o de iros a vivir juntos –dijo en voz baja.

Demosté la sorpresa que sentía.

–¿Por qué?

–Ken, tus relaciones rara vez superan el año y medio. Tu media debe de andar en torno al año.

–Hostia, Kul, ¿es que tomas notas?

Negó con la cabeza.

–No, simplemente recuerdo cosas y veo que hay patrones que se repiten.

–Bueno –empecé a decir, y quizá hubiera admitido a medias que Jo y yo no estábamos yendo a ninguna parte, salvo que Jo colgó el teléfono y se nos acercó a grandes zancadas–. ¿Problemas?

–Sí –dijo Jo, casi escupiendo–. Otra vez esos capullos de Addicta. –Addicta eran el último grupo de moda de Ice House. Eran actualidad; estaban en su momento. A mí más o menos me gustaba su música (*grunge* melódico inglés con oasis de sorprendente nostalgia), pero había llegado a odiarlos de una manera indirecta nacida de la solidaridad porque, de acuerdo con Jo, una fuente fiable, resultaba imposible tratar con ellos de puro idiotas que eran –. Ese capullo inútil necesita que les lleve de la puta manita mientras un estupendo fotógrafo de mierda los pasea en un puto Bentley o algo así. Tenían que haberlo hecho ayer pero el imbécil de los cojones se olvidó de decírme-

lo. –Dio una patada al parapeto con una de sus Doc Marten–. Mierda.

–Estás cabreada –dije–. Es evidente.

–Que te jodan, Ken –musitó, dirigiéndose al interior del piso.

La observé marcharse. ¿Seguirla e intentar suavizar las cosas o dejarla marchar para no empeorarlas? Dudé.

Jo se detuvo un instante a hablar con Faye, que avanzaba acompañada de varias personas en sentido contrario, luego se marchó. Al cabo de nada Faye me sonreía y me presentaba a esa gente y la posibilidad de seguir a Jo e intentar suavizar la situación se esfumó.

–Pensaba que estabas evitándome, Ken.

–Emma. Claro –dije, sentándome a su lado en uno de los dos sofás de cromo y ante negro del espacio principal. Brindamos–. Tienes un aspecto magnífico.

Emma llevaba sencillamente vaqueros, una suave camisa de seda y una diadema en el pelo, pero estaba estupenda. Para entonces ya me había bebido algunas copas más, pero no era el alcohol el que juzgaba y hablaba por mí. Ella se limitó a arquear las cejas.

Estaba casada con mi mejor amigo de la escuela de Glasgow, Craig Verrin; Craig y yo formamos nuestra pequeña banda de dos durante quinto y sexto, antes de que se marchara al University College de Londres y al año sentara la cabeza con Emma y tuvieran una niña. Entretanto, yo –ferozmente injusticiado por profesores y examinadores bajo el falso argumento de no haber hecho todo el trabajo necesario para aprobarme– fui para preparar té y pillar drogas para los DJs más vagos y disolutos de la StrathClyde Sound.

Emma era lista y divertida y atractiva de un modo delicado típico de las rubias y siempre había estado loco por ella, pero nuestra relación se había agriado un poco por-

que ambos compartíamos la culpa secreta de que, sólo una vez, nos habíamos acostado. Ella y Craig estaban pasando por un bache cuando ocurrió, después de que Craig se descarriara y volviera a encontrar el buen camino, y ahora habían roto de nuevo –llevaban separados un par de años–, de modo que la cosa no parecía tan mala como podría haber sido... pero aun así... La chica de mi mejor amigo; ¿en qué coño había estado pensando? La mañana siguiente había sido probablemente la más embarazosa de mi vida; Emma y yo parecíamos tan avergonzados que había carecido de sentido intentar fingir ante el otro que lo ocurrido no había sido un error garrafal.

Bueno, era sólo otra de esas cosas que desearías borrar de la realidad. Supuse que los dos habíamos hecho cuanto habíamos podido por olvidarlo y que sólo el tiempo había suavizado la culpa; pero a veces, cuando Emma y yo nos mirábamos a los ojos, tenía la impresión de que hubiera ocurrido ayer y los dos teníamos que desviar la mirada. Yo vivía con el miedo intermitente a que Craig lo descubriera.

Supongo que era parecido pero diferente a cuando Jude y yo nos acostábamos. Y era otra relación de la que no podía hablar con nadie. Puestos a pensar en ello, por una u otra razón, no podía hablar de la mayoría de mis relaciones/líos/comoquiera que se llamen. Desde luego no podía hablar de la otra importante; la relación con Celia –Celia la esbelta, Celia la sexy, Celia la de ropa ajustada como un precinto–. Joder, alguien poco profundo podría sacar la conclusión al revisar mi vida privada de que me gustaba cierto riesgo en mis devaneos, pero esa relación en particular no sólo era peligrosa, de esa relación podría haber salido herido de gravedad o algo peor.

En mis peores momentos se me ocurrió alguna vez que estos enredos –al menos uno de ellos– acabarían conmigo.

–Hacía tiempo que no nos veíamos. –Emma estaba inclinada hacia mí, hablando en voz baja, una voz que casi se perdía en el alboroto de la fiesta.

–He tenido una temporada muy frenética.

–Apuesto a que sí. He visto a Jo salir hecha una furia.

–Bueno, no; no estaba furiosa exactamente. Tampoco es que se haya ido paseando, te lo aseguro. Ha sido algo intermedio; indignación, más bien.

–¿Por algo que hayas dicho?

–Curiosamente, no. No, era indignación relacionada con el trabajo, o furia. ¿Dónde está Craig?

–Ha ido a recoger a Nikki. –Consultó el reloj de pulsera—. Debería estar al caer.

–¿Y cómo está esa preciosa...?

–Bueno –interrumpió Emma—. ¿Qué tal va el programa?

–¿Tienes que preguntarlo? –Fingí sentirme herido—. ¿Es que ya no lo escuchas?

–Me perdisteis como oyente cuando empezasteis a machacar con eso de que sólo los criminales deberían tener armas.

–No decíamos eso exactamente.

–Quizá debisteis ser más claros. ¿Qué decíais?

–No me acuerdo –mentí.

–Sí que te acuerdas. Decíais que los criminales deberían ir armados.

–¡Que no! Lo que yo decía era que la idea de que si quitas las armas a la gente normal que acata la ley entonces sólo los criminales estarían armados es un argumento idiota para permitir el uso de armas.

–¿Por qué?

–Porque es la gente normal que respeta la ley la que se vuelve loca y entra en un colegio y abre fuego contra los niños de la clase; comparado con eso, los criminales hacen un uso responsable de las armas. Para ellos un arma es una herramienta, algo que tienden a usar contra otros